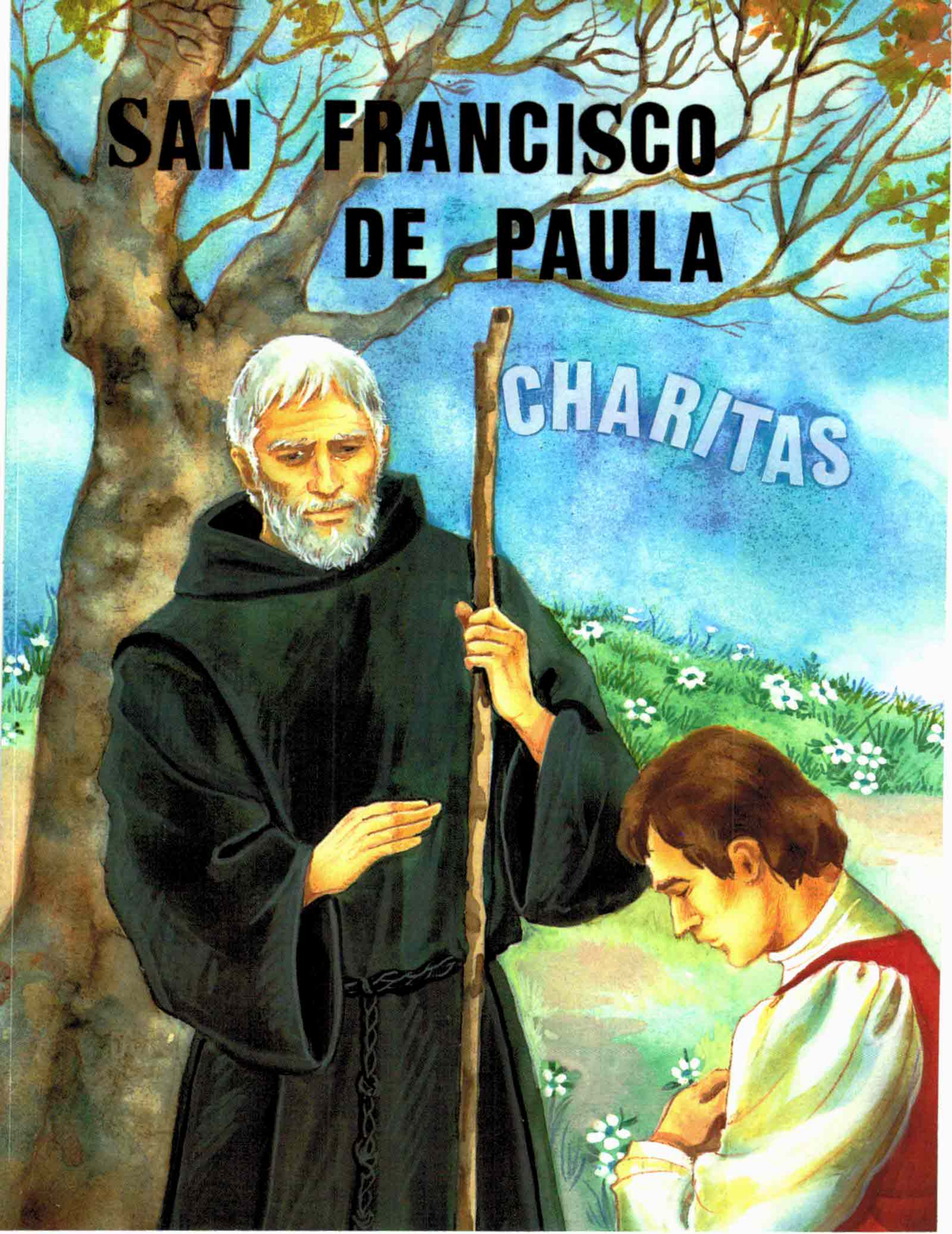
SAN FRANCISCO DE PAULA

CHARITAS



SAN FRANCISCO DE PAULA

Fundador de la Orden de los Mínimos

Andrés Codesal

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 - SEVILLA

CON LICENCIA ECLESIASTICA
I.S.B.N.: 84-7770-603 – D.L.: Gr. 1359-2000

Infancia y juventud de San Francisco de Paula

A principios del siglo XV, vivía en Paula, ciudad de la baja Calabria, en el Reino de Nápoles, un devoto matrimonio formado por los esposos Santiago Martolilla y Viena de Fuscaldo, que ya llevaban quince años casados sin que Dios les concediera un hijo.

Rezaban a Dios con fervor y, recurriendo a la intercesión de San Francisco de Asís, le prometieron que si les concedía un hijo le pondrían el mismo nombre del Santo Patriarca.

Poco tiempo después, el 27 de marzo de 1416, nació el fruto de sus oraciones, y tal como le habían prometido al Santo, lo bautizaron con el nombre de Francisco.

Cuando el niño tenía apenas un año, su madre advirtió con gran dolor que se le estaba formando en un ojo un tumor maligno. Habiendo probado curarle con medicinas sin ningún resultado, recurrieron de nuevo a San Francisco de Asís, prometiéndole que si curaba, le vestirían el hábito franciscano y estaría por un año con los frailes en el convento.

La apostema que poco antes amenazaba de día en día con dejarlo ciego, empezó a disminuir rápidamente y en pocos días le desapareció.

Tomaron sus padres tanto interés por su educación cristiana, que se puede decir que la mamó con la leche materna, pues desde su más tierna edad se le vio rezar con tal compostura y devoción que edificaba incluso a las personas mayores.

No es, pues, extraño que creciendo en aquel ambiente sereno y cálido, se atrajera las miradas y atención de todos; porque no contaba todavía siete años y ya se mostraba muy ajeno a las aficiones pueriles: sentía aborrecimiento al mundo que aún no conocía, se deleitaba sobremanera en la oración, y vivía todo absorto en un solo pensamiento: Dios-amor.

Como se dijo de San Vicente Ferrer: «tales cosas dijo e hizo en tan tierna edad, que parecía más de hombre maduro que de un niño de tal edad». Véanse sino los hechos siguientes:

Nos cuenta el P. Ciry que un día de riguroso invierno, rezando el rosario como solía, de rodillas y con la cabeza descubierta, la madre le dijo que se cubriese. Mas él le contestó: «Mamá, ¿qué te parecería si me vieses hablar con la cabeza cubierta con la Reina de Nápoles? ¿No es verdad que es mucho más grande la Reina del Cielo con la que hablamos ahora?». La madre, sorprendida y edificada, le dejó continuar.

En otra ocasión su madre le decía con ternura que por qué no salía a divertirse y distraerse con otros niños que jugaban en la calle. Y él le contestó: «Si tú quieres que vaya, yo por darte gusto iré; pero lo haré sólo porque tú lo quieres, ya que mi único placer es estar siempre con Dios».

Tenía ya Francisco los trece años, cuando una noche tuvo una maravillosa visión: Se le apareció un religioso franciscano, resplandeciente como la luz y acercándosele cariñosamente le dijo que ya era hora de que sus padres cumpliesen con él la promesa de llevarlo al convento de San Francisco donde debía vestir el hábito y vivir como un religioso al menos durante un año. Francisco se lo dijo a sus padres, quienes sin tardar lo llevaron al Convento de San Marcos.

Aquí entró nuestro jovencito lleno de entusiasmo y no tardó en revelarse un religioso modelo. Aunque muy joven en años, les precedía a todos en el ejercicio de todas las virtudes, ocupándose siempre en los oficios más humildes y penosos de la comunidad.

Era Francisco el religioso más obediente, puro y fervoroso de aquella comunidad. Constantemente ocupado en los quehaceres de la cocina, de la enfermería, etc., no apartaba su corazón de Dios y de dedicar cada día varias horas a la oración.

Cuando no podía dedicar sus tiempos a la oración durante el día por estar muy ocupado, se quitaba horas del sueño y oraba por

la noche, convencido como estaba que así como el cuerpo no puede vivir con salud si no se alimenta, de igual modo el alma enferma y muere si no se le da el alimento de la oración.

No nos causará, pues, maravilla que una vida tan pura y tan llena de virtudes se atrajese la complacencia del Señor, y que para que nosotros comprendiésemos cuanto le agradaban sus oraciones y sacrificios, le concediese el don de los milagros, como vamos a ver:

En cierta ocasión le pidió el sacristán que le trajese fuego para el incensario, y Francisco no encontrando donde llevar las brasas, las cogió con la mano y las llevó sobre la túnica, sin que ésta se chamuscase.

En otra ocasión que faltaba el cocinero, le dieron a él el encargo de que aquel día preparase la comida. Francisco fue a la cocina y pareciéndole que era muy pronto para encender el fuego, se retiró un momento ante el sagrario para hacer oración. Quedó arrobado en éxtasis y estuvo así toda la mañana sin darse cuenta del encargo que le había hecho el superior. Llegó la hora de la comida y los religiosos acudieron al refectorio, viendo con asombro que el fuego estaba apagado y el cocinero no estaba en la cocina. Lo buscan y lo encuentran extasiado delante del sagrario. Lo llaman y le preguntan qué hay de la comida, y él, muy humillado, les dice que no se preocupen, que Dios proveerá. Va inmediatamente a la cocina, y sin encender el fuego, hizo sobre la olla la señal de la cruz y se puso a servirles la comida caliente y mejor sazonada que habían comido jamás.

Cumplido el año de su promesa, regresó con los suyos a Paula. Acompañado de sus padres hizo una peregrinación a Roma y luego a Asís. De regreso a casa Francisco tiene ya clara una cosa: su vocación será vivir siempre como ermitaño, llevando una vida de intensa oración, trabajo manual y penitencia. No tenía más que 14 años cuando con el permiso de sus padres, se retira a un lugar solitario, propiedad de sus padres, no muy lejos de Paula. Pero

molestado por las frecuentes visitas, poco tiempo después se retiró a un lugar más agreste y desierto, donde encontró una estrecha cueva donde vivió por espacio de cinco años, entregado a la oración y a una austera penitencia. Dormía sobre el duro suelo, se alimentaba de lo que le ofrecía la agreste naturaleza, castigaba su cuerpo y lo reducía a servidumbre. Su ocupación y su pensamiento era la oración y el trato afectuoso con Dios.

Envidioso el demonio de su gran virtud, se le apareció en forma de una joven doncella invitándole a pecar; él para apagar el incipiente ardor de su concupiscencia, se arrojó en las heladas aguas del torrente hasta que cesó la tentación.

Fundador de los Mínimos

Cuando ya llevaba cinco años Francisco en la cueva, dedicándose por entero a la oración y a la penitencia, se corrió la noticia por los contornos y acudieron muchos a visitarle: algunos por curiosidad, y los más con el ánimo de aprender algo de él, rogándole que les hablase de Dios. Muchos salían emocionados y grandemente edificados, y algunos le suplicaban que los dejase quedarse con él.

Francisco, amante de la soledad, al principio se mostró reacio a admitir a otros en su compañía. Sólo con el tiempo, hacia 1450, y con la correspondiente autorización de Monseñor Pirro Carácciolo, arzobispo de Cosenza, se juntó allí un grupito de ermitaños a los que el pueblo llamaba: «Ermitaños Pobres de Fray Francisco de Paula», más tarde llamados MÍNIMOS.

Pero como los ermitaños de Fray Francisco crecían en número, fue preciso ensanchar el eremitorio y su correspondiente oratorio. Obtenida licencia del arzobispo, se puso enseguida manos a la obra para la nueva construcción, y cuando ya estaban puestos los cimientos, apareció por allí un religioso franciscano

que les preguntó que por qué construían un edificio tan reducido. Francisco se excusó diciendo que solamente contaban con la caridad de los fieles. El franciscano lo animó a confiar en Dios, y trazándole él mismo las dimensiones, desapareció a vista de todos. La tradición asegura que el tal arquitecto era el mismo San Francisco de Asís, que desde el cielo velaba paternalmente por su querido Francisco.

Pocos días después vino a visitarle un rico patricio de Cosenza, el cual al despedirse, le entregó una suma considerable de dinero, además de regalarle gran cantidad de materiales para la obra.

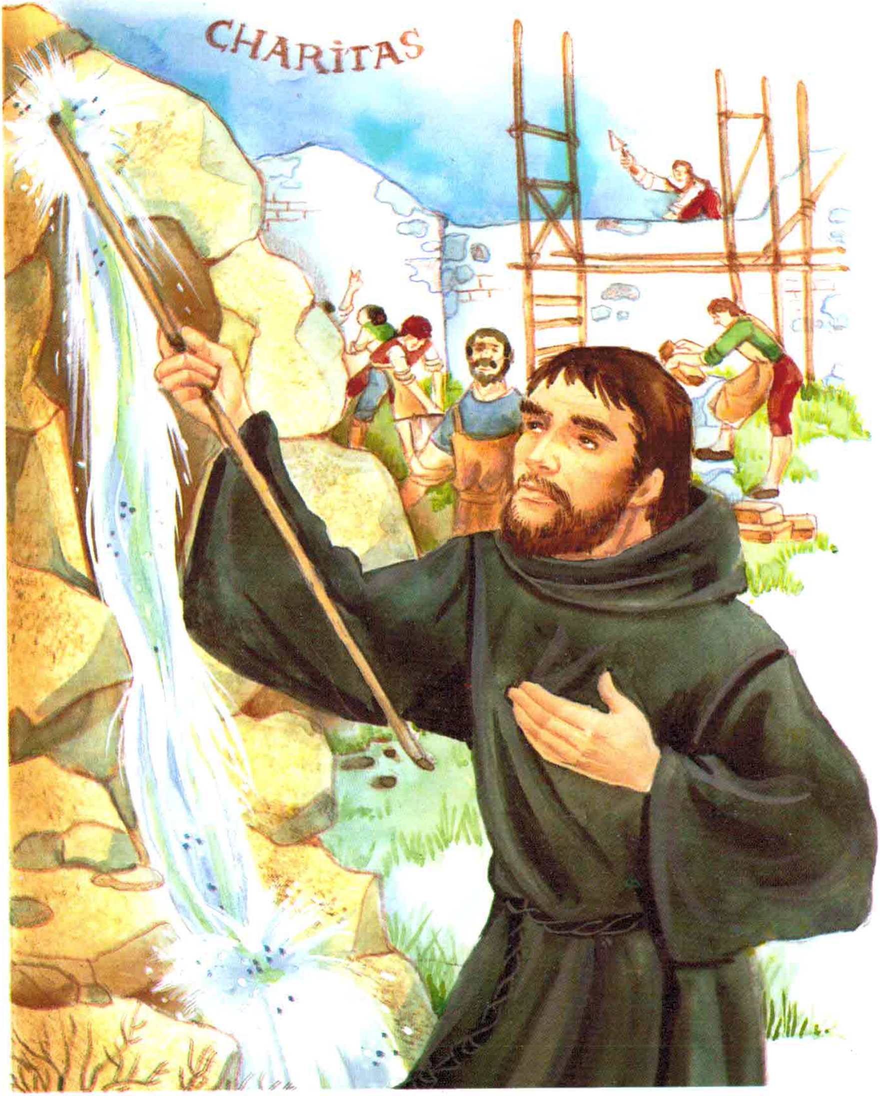
Fue tal la afluencia de los que acudían a ayudar al Santo que aquello parecía un enjambre de hombres, mujeres y niños, todos trabajando a las órdenes del capataz, convencidos de que estaban haciendo una obra muy agradable al Señor.

El gran taumaturgo

Durante la construcción de la iglesia y Convento de Paula, fueron numerosos los milagros que obró el Santo. En la imposibilidad de enumerarlos todos, destacaré los siguientes.

Para proveer de cal a las obras, Francisco mandó construir un horno, el cual, llevando varios días ardiendo, amenazaba con derrumbarse. Francisco que lo supo, rogó a todos que confiasen en Dios, y entrando dentro, reparó con sus manos los daños, saliendo luego de allí a vista de los obreros, incólume y tranquilo, sin que se le hubiese chamuscado un hilo de su sayal.

Viendo un día el Santo que los obreros estaban disgustados porque con el calor del día tenían que acarrear el agua desde el arroyo lejano, se acercó a ellos sonriente y les dijo: «Hermanos, no os aflijáis, que Dios misericordioso, va a venir en nuestra ayuda». Y diciendo y haciendo, como otro Moisés en el desierto,


CHARITAS

golpeó con su bastón una roca, e inmediatamente salió de ella un chorro de abundante agua pura y cristalina, cuya fuente aun está hoy detrás de la sacristía.

Otro de los carismas con que plugo al Señor adornar a Francisco, fue el don sobrenatural de las curaciones. Siendo tantas e imposible de relatar, veamos al menos cómo curó a un ciego que hacía siete años que había perdido la vista. Este, según depuso un testigo, le exhortó a confiar en la misericordia de Dios, y, dándole la bendición, le ordenó pasar a la iglesia a oír la Santa Misa. Obedeció el ciego y, mientras oraba con fervor, al momento de la elevación se le oyó exclamar: «¡Gracias Dios mío! ¡Yo veo, yo veo la Hostia sacrosanta...!». El afortunado había recobrado instantáneamente la vista. A muchos que le pidieron remedio de sus enfermedades, les recomendaba hiciesen algunos ejercicios piadosos, con que quedaban sanos en el cuerpo y muy aprovechados en su espíritu.

No hay mal corporal que él no pueda remediar; pero si el que le pide socorro es un pecador, antes le cura en el alma amonestándole a que se corrija de sus pecados y orando por ellos hasta que al fin se convierten, sanando al mismo tiempo el alma y el cuerpo.

Más obras admirables

Los habitantes de Milazzo (Sicilia), llamaron al Santo para que fundara un monasterio. Francisco emprendió el viaje sin dinero ni otro linaje de provisiones, según mandó Jesucristo en el Evangelio. El Señor mostró cuánto le agradaba esta confianza en la divina Providencia, con grandes prodigios, entre los cuales señalaremos el siguiente.

Llegando el Santo con sus compañeros al puerto de Catona, pidió al capitán de un barco que por caridad los trasladase al otro lado del estrecho de Mesina. El capitán le contestó: «Si no tenéis

CHARITAS

dinero para pagar, yo tampoco tengo barco para llevaros». No se turbó el Santo por la respuesta, y recogiéndose un momento en oración, volvió con los religiosos junto al mar y, quitándose el manto, lo extendió sobre el agua, y viendo que flotaba, subió a él con sus compañeros a vista de todos y avanzó rápidamente sobre las aguas hasta llegar a la otra orilla del mar.

En otra ocasión tuvo que hacer un viaje en burro, y como necesitase herraduras, fue al herrero para que lo herrase por el amor de Dios. El herrero le puso al burro las herraduras pensando que le pagaría, pero cuando le dice: «Somos pobres, Dios le recompensará su caridad». Esto no convence al hombre que quiere que le pague su trabajo. Ante tales insistencias, Francisco dice al borrico: «Ya has oído, devuelve las herraduras». El asno sacude las patas, y las herraduras caen al suelo ante la admiración del herrero, cuyo estupor es fácil suponer.

Otras veces no tiene fuego para encender las velas del altar; ora a Dios, las toca con los dedos y éstas se encienden al instante.

Conversión del Rey de Francia

Estando enfermo el rey de Francia, Luis XI, confiaba poder curar si Francisco de Paula rezaba por él, y como el Ermitaño no quisiera ir al palacio, el rey recurrió al Papa Sixto IV, quien le mandó un *Breve* en el que le ordenaba ir a la Corte y rezar allí por la curación del Rey.

Francisco obedeció, pero el Rey no curaba; no obstante sí aprovechaba mucho con sus pláticas y consejos.

Luis estaba seguro de tener delante un auténtico santo, tan diferente y tan distinto de los charlatanes que anteriormente le habían engañado. Y tuvo la confirmación de lo que pensaba cuando un día su hija primogénita Ana le llamó para contemplar un espectáculo paradisíaco.

Francisco, para evitar el ruido fastuoso de la corte, se retiraba con frecuencia al bosque del parque real, donde muy escondido se dedicaba a la oración.

Acertó a pasar la princesa por casualidad, en su paseo de la tarde, y vio a Francisco en éxtasis, envuelto en una maravillosa luz celestial, y corrió a llamar a su padre el Rey, que también lo vio, con aquel rostro angélico que parecía un serafín.

Desde aquel día, el Rey ya totalmente convencido de su santidad, le preguntó con humildad: «¿Creéis que curaré de esta enfermedad?».

—«Majestad —le dijo sin rodeos—, siento deciros que no curaréis, y que es necesario poner sin demora, en orden vuestros asuntos, porque ya es muy poco el tiempo que os queda de vida». Con su palabra inspirada y con el ejemplo de su vida santa, el Rey se convirtió, despegó el corazón de todo lo terreno, hizo lo posible por reparar sus desórdenes anteriores, aceptando la muerte que antes tanto temía, con admirable resignación cristiana.

Francisco y España

El origen de la Orden de los Mínimos en España es bien digno de ser recordado. Era el año 1487 cuando los Reyes Católicos Fernando e Isabel tenían sitiada a los moros la ciudad de Málaga. Supo el Santo, por revelación que el Rey quería abandonar el sitio; pero el Siervo de Dios, que ardía en santo celo contra los enemigos de la Iglesia, mandó desde Tours a España a dos de sus religiosos con el encargo de que dijesen al Rey, de su parte, que permaneciese firme y con buen ánimo, porque al cabo de tres días Dios le entregaría la plaza, como así felizmente sucedió. En reconocimiento de este gran beneficio, el Rey mandó construir una iglesia con un convento, dedicados a Nuestra Señora de la Victoria e hizo de ello ofrecimiento a los hijos de San Francisco

de Paula. De aquí vino el que los Mínimos en España los llamasen —principalmente en Andalucía— los Frailes Victorios, o de la Victoria.

Aprobación de la Regla

El Santo Fundador, que veía con gran consuelo que su Orden ya se había difundido por varias naciones de Europa, pidió a la Santa Sede la aprobación de la Regla que tenía compuesta. Ya el Papa Sixto IV había aprobado el Instituto. Alejandro VI aprobó la Regla en 1493 dedicándole grandes alabanzas. Julio II confirmó y aprobó de nuevo el Instituto con la Regla que el Santo había perfeccionado. Esta Regla fue compuesta por el Santo Legislador por una luz celestial y eficaz movimiento del Espíritu Santo, y ella entraña en sus breves capítulos toda la perfección de la Religión. Aunque para muchos es considerada como «muy severa», sin embargo él la llama «suave y santa». De suerte, dice el P. Giry, que bien puede decirse de él que imitó perfectamente a Moisés, el primero de los legisladores dando tres géneros de preceptos: de las costumbres para la perfección de la vida; los penales, para castigo de los culpables; y los ceremoniales, para la celebración del culto divino.

Su muerte

Viendo ya el Santo Fundador aprobada y confirmada su Regla por los Soberanos Pontífices, enriquecida la Orden con grandes privilegios y extendida por toda Europa, bien pudo como el viejo Simeón, cantar alegre el «Nunc dimitis...». Desde entonces, redobló, si puede decirse, su fervor y su oración. Se entregó a un completo retiro, y como si hasta entonces hubiese sido remiso

CHARITAS

y regalado, redobló sus severísimas penitencias. Su oración y sus éxtasis eran continuos, principalmente durante la cuaresma de 1507. El Domingo de Ramos se le acrecentó la calentura, y el Jueves Santo mandó reunir en Capítulo a la Comunidad, exhortando a todos al amor de Dios, a la caridad de unos para con otros, y a la fiel observancia de la Regla, y principalmente de la Vida Cuaresmal, que muchos consideraban como lo más difícil y casi imposible de guardar. El Santo, conociendo sus pensamientos, tomó del brasero con la mano unos carbones encendidos, diciendo: «Así os hará Dios fácil el guardar la vida cuaresmal, que algunos pensáis insoportable». Y pidiendo perdón de sus faltas, uno a uno los abrazó a todos. Luego se fue a la iglesia, donde recibió como Viático a su dulce Jesús por última vez.

El Viernes Santo llamó de nuevo a la Comunidad que se reunió a su alrededor., los exhortó de nuevo a la caridad, bendijo a sus hijos por última vez, y estrechando amorosamente el crucifijo oraba diciendo: «En tus manos encomiendo mi espíritu, ¡oh amable Jesús; buen pastor, conserva a los justos, justifica a los pecadores, ten misericordia de los fieles difuntos, y séme a mí propicio, que soy indigno pecador!».

Terminada esta bella oración, rindió su espíritu a Dios, sin muestras de dolor ni de agonía, como si se hubiese quedado dormido. Murió un Viernes Santo, a la misma hora en que murió Jesucristo, para que quien tanto se le había asemejado en vida, tuviera también esta semejanza a la hora de la muerte.

Su glorificación

Después de morir San Francisco de Paula, llevaron los religiosos su bendito cuerpo a la iglesia, donde permaneció por muchos días expuesto a la veneración de los fieles, y, mientras estuvo allí obró numerosísimos milagros.

Una vez sepultado el venerable cadáver, no dejaron los fieles de experimentar su eficaz intercesión, pues todas las cosas que habían tenido contacto con él eran otras tantas reliquias que eran instrumentos de numerosas maravillas.

La fama de su santidad se extendió rápidamente y fue refrendada por la autoridad eclesiástica. Un coro unísono de súplicas se dirigieron al Sumo Pontífice por parte de los reyes de Francia y de otros monarcas, cardenales y obispos. Julio II dispuso que fuese iniciada la recogida de los testimonios sobre la vida, las virtudes y los milagros del Siervo de Dios. Se incoaron dos procesos, en Francia y en Calabria, en los que se escuchó exhaustivamente ciento setenta testimonios, todas personas dignas de fe. Con gran riqueza de particularidades contaron loas maravillas obradas por el humilde Ermitaño, de las que fueron directos y atónitos espectadores.

El Papa León X, el 7 de julio de 1513 le declaró Beato, y el 1.º de mayo de 1519 lo canonizó inscribiéndole en el catálogo de los santos. Se cumplía la profecía del Ermitaño: «Yo seré Santo cuando tú seas Papa».

Amado lector: Si te ha gustado esta pequeña Vida de San Francisco de Paula, puedes ampliar tus conocimientos sobre el Santo, su Carisma y su espiritualidad, leyendo otras vidas, otras informaciones... Puedes ponerte en contacto con los PP Mínimos en C/ Olvido, 22 - 08026 BARCELONA.

Amigo lector:

Si te gusta leer las Vidas de los Santos, puedes dirigirte a nuestra Editorial, donde tenemos publicadas las vidas de todos los santos más famosos, ilustradas a todo color, como ésta que tienes en tus manos. Actualmente tenemos cerca de doscientas diferentes.

También tenemos la colección de EL SANTO DE CADA DÍA, que son doce tomos, uno para cada mes, con el santo de cada día del mes. Los doce tomos sólo valen 3.090 pesetas, más gastos de envío.

EDITORIAL APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44 - 41003 SEVILLA

9 788477 706038